

## LA TRISTE HISTORIA DEL SENO Y EL CODO

Por Juan Gaudenzi

Cuando me lo contó ya era tarde.

Se había enamorado de la mujer menos indicada y nada que yo hubiese podido decir lo habría hecho cambiar de rumbo.

Aún antes, cuando le gustaba – como a todos – pero la pantalla del televisor no había dejado de interponerse entre ellos, mis advertencias hubiesen sido en vano.

Ariel era uno de mis mejores amigos, pese a que en la Managua sandinista se había ganado fama de no apegarse al *far play* en el campo del juego profesional. Creo que nos conocimos en medio de esas calcinantes ruinas (causadas por el terremoto de 1972) que llamaban ciudad y después, como muchos combatientes y periodistas nos trasladamos a El Salvador donde en enero de 1981 la guerrilla del Frente Farabundo para la Liberación Nacional (FMLN) había lanzado su primera ofensiva general. Tal vez unos y otros creímos eso de que “Si Nicaragua venció El Salvador vencerá”.

Yo le había conseguido el trabajo que por entonces tenía y él en retribución me permitía usar su oficina como si fuese mía. La casa que alquilaba también.

Cuando de vez en cuando yo llevaba alguna putita él se encerraba en su habitación – la única con aire acondicionado – y no participaba en la fiesta. Supongo que se reservaba para la que algún día sería su esposa. Tenía todas las características de esos hombres de una sola mujer.

No estoy insinuando que todos los hombres de mediana estatura, un tanto gorditos, de cabello desteñido y ojos transparentes sean monógamos por naturaleza. Me refiero a otra cosa.

Era el tímido hijo de un sastre o relojero judío pobre – lo mismo da – del barrio porteño del Once y había militado en la juventud del Partido Comunista. El dúo judaísmo – comunismo oficial solía formar hombres ejemplares, aunque excesivamente puritanos, dogmáticos y aburridos.

¿Cómo habría sido su niñez y juventud? Me costaba imaginar los detalles pero, con toda seguridad, anodinos. ¿Por qué un buen día decidió marcharse a una región tan lejana y tan poco parecida al “Once”? Había trabajado junto a las Madres de Plaza de Mayo cuando la Comisión Interamericana de Derechos Humanos estuvo en Buenos Aires en plena dictadura militar. ¿Fue esa actividad la que lo puso en la lista negra y le indicó que había llegado el momento de largarse? Era una hipótesis razonable, aunque como destino hubiese elegido países repletos de árabes y palestinos (cuentan que estos últimos viajaban a Chile a finales del siglo XIX; en El Salvador bajaron del barco para dar una miradita; cuando regresaron al puerto el navío había partido). Definitivamente Ariel no era un ortodoxo.

Mientras casi todos los corresponsales nos emborrachábamos en las noches para exorcizar los fantasmas de los muertos del día y competíamos para comprobar quien tenía la mayor vocación suicida permaneciendo más tiempo a media calle después del toque de queda, Ariel se limitaba a hacer su trabajo, divertirse con alguna de mis ocurrencias, e irse a dormir temprano arrullado por su aire acondicionado.

Durante mucho tiempo recordó entre carcajadas una anécdota trivial. No faltaba mucho para que las calles se convirtieran nuevamente en territorio exclusivo de guerrilleros urbanos y soldados que disparaban contra cualquier cosa que se moviera, cuando en un caluroso atardecer decidimos comer algo en el pequeño restaurante de un alemán, nazi confeso. Nuestra justificación: era el único abierto a esa hora. Nos sentamos en la terraza, a media altura de la acera y despotricando contra el dueño estábamos cuando de la cintura para arriba, junto a nuestra mesa, hizo su aparición el ser más sucio, mal oliente y horripilante, para pedirnos una limosna. Confieso que no pude seguir comiendo, bajé la cabeza incapaz de mirar a los ojos la miseria en su máxima expresión, y en voz baja le pedí a Ariel: “llamá al nazi”.

A falta de aventuras o tonterías propias Ariel se reía con las ajenas.

Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con su enamoramiento? Mucho, porque debería haber estado terminantemente prohibido que un tipo como él se enamorara perdidamente de la mujer más codiciada del país. Como si yo me hubiese enamorado perdidamente de Sandra Bullock, más o menos.

Si tal interdicción hubiese estado vigente en todo el istmo no solamente los sentimientos de Ariel habrían quedado a salvo. Un tan arrojado como impresentable camarógrafo mexicano siguió los pasos del argentino y se entusiasmó con una atractiva colega de la más rancia oligarquía peruana. La “oveja negra” de la familia. La mujer lo utilizó como maestro, guía, protector. Dificulto que como amante. Cuando sorpresivamente apareció comprometida con el comandante del Ejército Popular Sandinista (EPS) el mexicano estuvo a punto de suicidarse con música de mariachis de fondo. Pero esta es otra historia.

La salvadoreña se llamaba Rosaura, como la protagonista de la primera novela de Marco Denevi. ¿Qué hacía frente a las cámaras de la TV? No creo que le haya importado a nadie, menos a nosotros que alimentábamos con noticias sobre la guerra a prácticamente todos los medios del mundo, salvo a los de El Salvador. Ellos tenían sus propios reporteros de sociales y notas rojas (el conflicto armado interno era una más) y sus propios opinólogos sobre “el comunismo apátrida”. De todos modos para los televidentes locales, sobre todo “los”, ella era la *cover history* de todos los días. Tal vez fuese la presentadora del telediario o diese clases de cocina. Lo mismo daba. A juzgar por los comentarios de los empleados del hotel-cuartel general de los corresponsales, no había noticia ni ostras marinadas que pudiesen competir con sus encantos.

Las salvadoreñas no tienen la sensualidad de las cariocas ni el *charm* de las francesas. Son más del estilo de las vietnamitas: espigadas, piernas largas y senos tan discretos como el capullo de una flor, de piel suave apenas tostada y rostros de líneas lo suficientemente angulosas como para destacar los ojos almendrados no solo por el color. Pero nada de eso es lo que las hace encantadoras. Son como la mesa de Matisse. No es la figura sino la emoción que transmite. Que me perdonen pero verlas e imaginarlas desnudas sobre unas sábanas blancas recién lavadas y planchadas; tan sutiles y tan deseables como las aguas de un cenote (para sumergirse en ellas) era sensación y facultad del espíritu en un mismo acto instantáneo.

Después de la guerra de Vietnam, en Paris me repugnó ver a jóvenes ricos acompañados por hermosas refugiadas vietnamitas...muertas de hambre. Sin ser rico ¿yo hice más o menos lo mismo con mis amigas salvadoreñas aprovechando no el hambre pero si la angustia existencial que produce una guerra?

Al parecer la tal Rosaura era un prototipo. Si no lo afirmo categóricamente es porque desde que oí hablar de ella y comprobé el reguero de baba que iba dejando a su paso, las pocas veces que coincidimos me propuse seriamente ignorarla. Conociendo mi debilidad hasta por las

escobas con faldas, pero más aún mi rechazo a sumarme a la fila de espera frente a cualquier escoba, especialmente las más conscientes y manipuladoras de su poder de atracción, decidí que era el improbable personaje de un desconocido relato.

En cambio, Ariel no solo lo leyó y releó sino que también – no sé cómo - dio con la protagonista y, como era previsible, se enamoró de ella. Hay tipos que han nacido para enamorarse de personajes de ficción o inalcanzables. Inseguros, temerosos de ser rechazados en la vida real, sueñan y se masturban con las fotografías de actrices, hembras del jet set, heroínas. Desde las revistas ninguna de ellas puede hacerlos sufrir, causarles algún daño. Pero basta con que alguna, Rosaura por ejemplo, les sonría o los mire con ojos tiernos, para que pierdan la cordura, es decir pierdan de vista su propia fragilidad, pequeñez, mediocridad, y crean que ese amor puede ser efectivamente correspondido.

En realidad, si se cómo mi amigo conoció a la Rosaura de carne y hueso. No dudo de que ella lo buscó y sabiéndose irresistible lo hipnotizó ¿Por qué?

Al autor de Rosaura se le fue la mano. No le bastó con describirla bellísima. La puso frente a las cámaras de TV para que todos se derritieran por ella. También la hizo instructora de gimnasia o profesora de baile; desprejuiciada (un eufemismo como cualquier otro) y unas cuantas cosas más...

Y, para colmo, la enmarcó en toda la podredumbre de la guerra con el claro propósito de, por contraste, destacarla aún más.

Sobre todo esto intenté que Ariel reflexionara. ¿Fui demasiado duro? Tal vez. Pero, ¿por qué una mujer como esa, con posibilidades de convertir en trapo de piso a cualquier hacendado de El Salvador o del resto de Centroamérica con solo un chasquido de dedos, le iba a dar bola a un desconocido periodista pelagatos, cuya única propiedad era una moto...y un equipo de aire acondicionado? ¿Porque era un buen tipo de izquierda? ¿Porque le hubiese sido fiel hasta la muerte y excelente padre de sus hijos? ¿Porque por ella hubiese dejado al Che a la altura de un poroto y él solo hubiese enfrentado a todo el batallón Atlacatl, y con ella hubiesen viajado a las estrellas pidiendo auto-stop?

- ¡No seas boludo Pedro ¡ - creo que me salió del alma.

Realmente yo lo estimaba y con mi detector de mierda siempre a cuestas intuía que ese derrotero no conducía a buen puerto.

Por eso gasté mis últimos cartuchos...

- ¿Sabes lo que se dice de ella y los milicos?

No me contestó. En lugar de los oídos cerró los ojos.

- Que se acuesta con el jefe del Estado Mayor y otros altos oficiales.

Los abrió para lanzarme una mirada de odio. O no creía en esos rumores o no le importaba.

No volvimos a tocar el tema. Al final de cuentas un adulto tiene derecho de amargarse la vida como mejor le parece.

Mientras “fuentes dignas de todo crédito” – una de las fórmulas que se suelen utilizar en nuestra profesión cuando se carece de fuentes o son lo menos confiables – me confirmaban las andanzas de la joven en los más altos niveles castrenses, Ariel multiplicaba sus

combates contra la Remington y sus horarios de oficina. No sé si a otros colegas tal conducta les llamó la atención. La actividad de un corresponsal de guerra o de un país en guerra depende, fundamentalmente, de la intensidad de esta y consiste, básicamente, en aproximarse lo más posible a los lugares donde se desarrolla para que el relato tenga valor testimonial. Por supuesto que nunca faltan los que prefieren no arriesgar el pellejo y esperar en la seguridad de un hotel o de una oficina la llegada de alguna mentira oficial para transcribirla o, en el colmo de la desvergüenza, el retorno de los que si sintieron silbar las balas sobre sus cabezas ( “si la sientes silbar no te preocupes; ya pasó; no te tocaba”, me tranquilizó una vez el jefe de un batallón del Ejército Popular Sandinista) para que les relaten la aventura.

El caso es que por esos días nada había cambiado en los frentes: la guerra seguía siendo una guerrita (de “baja intensidad” la consideraba el Pentágono aunque para el pueblo salvadoreño fuese la mayor tragedia de su historia) y Ariel no era de los que se metían en la montaña en busca de sus propias historias. ¿Sobre qué escribía entonces con tanta dedicación?

Como en las redacciones no está bien visto mirar por encima del hombro del que escribe y mi amigo no daba señales de querer develar el misterio, entré en el pantanoso terreno de las conjeturas: a) las primeras páginas de un libro. b) poemas sobre el cotidiano contacto con la muerte. c) cartas a sus familiares y amigos en Buenos Aires. d) Cartas de amor!

Conjeturar nunca fue mi fuerte.

Tiempo después comenzaron a circular en el gremio unas hojitas con información alternativa; mejor dicho, contra información de los comunicados gubernamentales, especialmente del Comité de Prensa de las Fuerzas Armadas (COPREFA). En muchos casos resultaba de innegable utilidad para los que, como los perros entrenados para detectar drogas ilegales, siempre andábamos husmeando la pólvora o los cuerpos en descomposición (por algo nos apodaban los “Zopilotes”).

Con los días las hojitas se convirtieron en un boletín clandestino más o menos regular y este fue adquiriendo las características del servicio de una agencia de prensa del FMLN, especialmente de una de sus cinco organizaciones, la menos política y más belicosa.

Atando algunos cabos únicamente perceptibles para su compañero de oficina (es decir yo), no se necesitaba ser Sherlock Holmes para deducir quién era uno de los redactores. O, tal vez, el Jefe de Redacción. Como suele suceder, el más incoloro u opaco, el menos sospechoso o imaginable. Las desveladas frente a la máquina de escribir; la falta de correspondencia entre tantas cuartillas mecanografiadas y la escasa cantidad de noticias sobre El Salvador difundidas por la agencia internacional para la que trabajaba; su cesto de papeles siempre vacío; su silencio, adquirieron así un extraordinario sentido.

Claro que para desorientar a la “2” - la inteligencia militar - podría haber recurrido a la estrategia opuesta, pero también la más arriesgada: ser el más visible o evidente. Un alto oficial de la Gestapo, enemigo acérrimo de Hitler, y yo, lo intentamos. El “obergruppenführer” se vestía con su uniforme negro de gala cuando en las noches salía a escribir consignas contra el Führer en algunas paredes de Berlín. Muchos años después y en las antípodas, en mis tiempos de mal estudiante secundario, era muy común que algún solidario sentado en la primera fila de bancas del aula le susurrara la lección al compañero que había sido llamado al frente y ni siquiera había abierto el libro. Supongo que es una práctica que ha perdurado con los mismos resultados. Los profesores tienen los oídos entrenados para detectar el menor susurro. Tan especializados que, tal vez, no puedan percibir estruendos, pensé. Por eso intenté ayudar a voz en cuello al ignorante. De más está decir que terminaba expulsado del aula, en medio de las carcajadas de mis condiscípulos.

En cuanto al “obergruppenführer” no alcanzó a “graffitear” demasiadas paredes antes de que lo capturaran las SS.

¿Como tantas veces a lo largo de su cuestionable historia el PC había vuelto a engendrar un héroe anónimo? ¿Era consciente de los riesgos que corría? En una emboscada el ejército acababa de asesinar a todo un equipo de la televisión holandesa que simpatizaba o colaboraba con los insurgentes. Si raramente viajaba al norte de Morazán, territorio en poder de la guerrilla, ¿cómo obtenía esa contra información? ¿Sus fuentes pertenecían a una red clandestina urbana? Obviamente no le pregunté nada. En un caso como ese cuanto menos uno supiese, mejor. Pese a carecer de certeza, sentí por él un enorme respeto. Hasta le perdoné y lo justifiqué cuando en la ofensiva guerrillera final (“al Tope”), de noviembre de 1989, me hizo perder una promisoría relación con un diario español, proporcionándome información “exclusiva” sobre la inminente asunción de una junta provisional de gobierno, que me apresuré a transmitir a Madrid. Resultó una maniobra propagandística del FMLN, completamente falsa.

Los proverbiales qué, cómo, cuándo, dónde, por qué y para qué de las noticias resultan endemoniadamente difíciles de responder en una guerra de guerrillas. Las cosas casi nunca son lo que aparentan. Tanto en los que concierne a los protagonistas como a los observadores.

Por ejemplo, las primeras señales de que políticamente la situación en el norte de Morazán no era lo que todos creíamos me las proporcionó, en México, una comandante guerrillera, muy cercana a la jefatura con la que Ariel probablemente colaboraba.

Fueron varias entrevistas periodísticas que terminaron en abiertas discusiones políticas. Esa jefatura o, al menos, una parte de ella, estaba en pleno proceso autocrítico. Del militarismo más exacerbado había comenzado a considerar con simpatía a la socialdemocracia. El siguiente paso fue una irreparable división. Después de mucho tiempo supe que esa comandante no hacía otra cosa que repetir el nuevo discurso del más destacado estratega militar del FMLN – y probablemente de todas las fuerzas guerrilleras en la historia de América Latina – a quien, con un inútil propósito ficcional, llamaremos Jorge Villalpando.

Casi todos los dirigentes guerrilleros de América Latina surgieron del seno de la clase media media o media alta. Villalpando no era una excepción. Basta decir que estudió en un colegio católico al que asistieron los hijos de algunas de las familias más ricas del país como los Guirola. Muertos en un accidente dos de los herederos sus padres construyeron dentro del campus un edificio en su memoria. Y quien dirigió las obras de la actual sede central fue el Ing. José Napoleón Duarte, antiguo alumno del colegio, y posterior presidente de la República de El Salvador. ¡El mismo contra cuyo gobierno la guerrilla combatió entre 1984 y 1989! ¡Y el mismo dirigente del partido Demócrata Cristiano de El Salvador del cual resultó diputada la comandante guerrillera con la que yo discutía en México!

Tal vez un psicólogo pueda explicar mejor que un político el odio de tales dirigentes hacia sus pares y la devoción de los trásugas hacia su ex enemigos . Cuando en 1975 Villalpando, ya miembro de la dirección del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) fundado en 1972, condenó a muerte al poeta Roque Dalton uno de los cargos, además de acusarlo de ser agente de la CIA, fue su “desviación pequeño burguesa”.

Para que no quedara la menor duda de que él si había abjurado de su origen social para abrazar incondicionalmente la causa de la revolución socialista (aunque de teoría marxista supiese poco o nada), Villalpando organizó y dirigió las operaciones guerrilleras de mayor envergadura. Él parecía ver su país y el mundo a través de la mira de un fusil, pero con una salvedad: la inteligencia

en su doble acepción, la propia y la que se evidenciaba en el accionar de su organización. Por ejemplo, ¿sabía exactamente la cantidad de efectivos reales de cada cuartel y guarnición!

Dejando de lado la inteligencia, el acendrado militarismo de Villalpando no se diferenciaba demasiado del de algunos dirigentes de la organización armada peronista “Montoneros”, de Argentina, como Mario Firmenich y Rodolfo “El loco” Galimberti. Y de este último no se diferenció en nada una vez finalizadas las acciones bélicas.

¿Qué ocurrió en aquellos años (60's, 70's. 80's) para que tantos jóvenes de las clases medias latinoamericanas, muchos de ellos de formación católica y simpatías nacional-socialistas, canalizaran su rebeldía, afán de aventuras, atracción por la violencia, por medio de la lucha armada guerrillera de izquierda y una vez agotada esta etapa se reconvirtieran en militantes o dirigentes de la derecha? ¿Personajes que trataron de demostrarse a sí mismos y a los demás que cualquiera fuese el ámbito político y social de su actuación podían alcanzar cierto reconocimiento, prestigio, fama, es decir el éxito? Para responder estas preguntas habría que escribir un libro.

Galimberti, quien participó en el secuestro extorsivo de los hermanos Jorge y Juan Born, hijos de uno de los hombres más acaudalados de Argentina, terminó siendo guardaespaldas y socio de Jorge. Y para consolidar su posición de millonario - propietario de un loft, automóviles deportivos y una colección de motos- se asoció con un par de ex agentes de la CIA para fundar una agencia de seguridad de grandes empresas.

Villalpando, por su parte, ya había renunciado al socialismo y la revolución cuando organizó y dirigió el asalto a la capital y las principales ciudades del interior, en noviembre de 1989, en el mayor despliegue de fuerzas irregulares de toda la guerra. Su objetivo estratégico era el hotel Sheraton de San Salvador donde vivía una docena de asesores militares estadounidenses a quienes los combatientes guerrilleros neutralizaron en un edificio anexo sin dispararles ni un tiro.

- “Los muy pendejos están parapetados en el fondo del pasillo” – me dijo “Choco”, uno de los jefes de las fuerzas especiales insurgentes, con su apariencia de estudiante de filosofía por sus anteojos como culos de botella. Estábamos en una escalera que desembocaba en ese pasillo.
- “ Parecen no haberse dado cuenta que me bastaría con estirar el brazo para arrojar una granada y reventarlos a todos”. (tiempo después supe que “Choco” había muerto en esa ofensiva o en algún combate posterior).

Pero “Choco” y sus “compas” no estaban ese día en el edificio que albergaba a los asesores para reventarlos sino, paradójicamente, para protegerlos.

En la mañana siguiente presenciamos el más bochornoso espectáculo que hasta la fecha han proporcionado los “temibles” marines estadounidenses: a gritos los periodistas tuvimos que convencerlos de que los guerrilleros se habían retirado y que podían salir (temblando) de su ridículo refugio.

El propósito: negociar directamente con Washington (nunca pude confirmar la versión de que la ultra secreta “Delta Force” ya había llegado al aeropuerto de Ilopango para la operación de rescate) su liberación y el fin de la guerra.

Yo seguí “in situ” el desarrollo de las acciones en la capital y doy fe de que cuando esa negociación se produjo a las fuerzas del FMLN les bastaba una arremetida final para apoderarse de los cuarteles y, con ello, del poder. Sin embargo, desaparecieron tan sorpresivamente, como habían llegado.

¿Casi una década de conflicto armado abierto, todo el sufrimiento del pueblo, alrededor de 70 mil muertos, para obtener algunas concesiones políticas? Si ese desenlace no fue la mayor traición imaginable no sé cómo calificarlo.

O, tal vez, hubiese algo de razón en el argumento de otro comandante, este si político: ¿“Para qué queríamos el poder? El Sandinismo acababa de perderlo en unas elecciones!: la URSS al borde de la desintegración; Estados Unidos amos y señores de toda la región, cuánto tiempo hubiésemos podido conservarlo en tales condiciones?”

En todo caso en el FMLN no había ningún Napoleón Bonaparte que ordenara: “¡Al ataque y después veremos!”

Tras un prolongado proceso Villalpando fue uno de los firmantes de los Acuerdos de Paz que la comunidad internacional festejó con bombos y platillos en el castillo de Chapultepec de la ciudad de México.

Después rompió con el FMLN del cual se convirtió en un duro crítico como si no hubiese tenido nada que ver con su historial y perfil; junto con otros desertores fundó el partido Demócrata, de corta duración; ayudado entre otros por un hijo del ex presidente de México, José López Portillo, se trasladó entonces a Gran Bretaña para estudiar en la universidad de Oxford. ¿Fue el M-16 quien financió su estadía? Supongo que tener en su propia cancha, al alcance de la mano, a un ex comandante guerrillero de la envergadura de Villalpando; más aún a un tráfuga de la izquierda revolucionaria, con toda su información clasificada, relaciones y contactos en Cuba, Nicaragua, México, la ex URSS, el Medio Oriente, Vietnam, Corea del Norte y China, valía eso y mucho más. Que él se ocupara de aprender inglés que ellos se encargarían de que se titulara en Oxford con las notas más altas, para después lanzarlo al mundo con el pomposo título de “experto en la resolución de conflictos”.

Pero en su desertión Villalpando cometió un grave error para un prospecto de espía de alto nivel: fue tan descarada su colaboración con la derecha internacional que, seguramente, se le cerraron muchas o todas las puertas que alguna vez tuvo abiertas de par en par.

En Colombia asesoró al presidente Álvaro Uribe en su guerra contrainsurgente dirigida por estadounidenses e israelitas, en la que participaron mercenarios de diferentes nacionalidades (ex pilotos de la Fuerza Aérea de El Salvador, por ejemplo), paramilitares, traficantes de drogas y otras “joyitas” por el estilo (para conocer detalles sobre la “guerra sucia” del ex mandatario se puede consultar al congresista colombiano Iván Cepeda).

En México le regaló a Salinas de Gortari – considerado uno de los mandatarios más corruptos del país y principal promotor de las políticas neo-liberales) – el fusil de asalto AK-47 que Fidel Castro le entregó para su uso personal. Después se vinculó con Ernesto Zedillo para terminar como ideólogo de la incalificable (y perdida) guerra de Felipe Calderón contra el narcotráfico, que supuso la militarización del país y un saldo de entre 60 y 150 mil muertos, según las diferentes fuentes.

“Como en toda guerra hay muertos”, escribió Villalpando como si la muerte de mexicanos, entre mexicanos, para proteger a la sociedad estadounidense, el mayor mercado consumidor de drogas ilegales del mundo, hubiese sido lo más natural.

Su participación en el desastre calderonista, que significó una aplastante derrota para el pueblo mexicano y para el partido oficial, Acción Nacional, debería haberlo doctorado en “intensificación de conflictos” en lugar de su resolución. Sin embargo continúa colaborando con

publicaciones como “El País” de España, junto con Mario Vargas Llosas y otros afines a su nueva ideología. Y es entrevistado como un autorizado experto por diferentes canales de TV.

Después de los Acuerdos de Paz en El Salvador volví a encontrarme con Ariel en Miami, varios años más tarde. Trabajaba para un canal de la televisión latina, se había casado y tenía un par de hijos. Nada excepcional para quien había optado por la residencia en Estados Unidos y la adaptación al *american way of life*.

Sin embargo, algo extraordinario se había producido en su personalidad y en su visión del mundo: sentía por la izquierda en general y la salvadoreña en particular un odio “jarocho”, como dicen en México.

¿Otro Villalpando en pequeño? Nada menos parecido si se acepta la idea de que hay diferentes tipos de odio; sobre todo diferentes causas.

Para quien fue fiel a una sola ideología durante toda su vida resulta difícil entender los espectaculares virajes de los que está plagada la historia política mundial. Para utilizar una analogía náutica, es incomprensible como un velero puede navegar con un rumbo determinado y de golpe, como si pudiese girar sobre su eje de carena, virar 180 grados.

Una mañana salimos los tres a pasear en su auto. El tercero era “Perón”, su perro doberman. Confieso que, pese a todo, me gusta Miami, sus palmeras y, sobre todo, su inconfundible atmósfera marina. Pero podían haber sido Londres, Viena, Berlín o Zurich con su fisonomía antigua, sombría, misteriosa. Nunca pensé en Miami, con su resplandeciente sol y la vulgaridad de tantos cubanos y centroamericanos asilados, como el lugar adecuado para una confesión.

- ¿Siempre supiste quién escribía buena parte de la información que hacía circular el FMLN, no?
- Al principio no.
- ¿Y de dónde crees que yo obtenía esa información?
- Nunca quise saberlo.
- Ahora te lo puedo decir...de Rosaura. Ella era la verdadera responsable de todo lo que difundíamos.
- ¡A la mierda! Nunca me lo hubiese imaginado. ¿Estrella de la televisión, profesora de gimnasia, putarraca (perdóname) y, además, del aparato de prensa y propaganda de la guerrilla?
- Mucho más que eso...
- ¿Qué quieres decir?
- Calma, ya te lo explicaré. Contra todo lo que vos pensabas me dio bola. Bueno, simuló darme bola. Es una maestra en el arte de la simulación. En realidad vos tenías razón. Yo entré como un caballo. Me sedujo y me dio a entender que podíamos estar juntos cuando la guerra terminara. Yo le gustaba pero, además de sus actividades públicas, tenía otra vida secreta, clandestina, que no le permitía comprometerse sentimentalmente con nadie. Ese fue su verso.



Observando el mar en South Beach pensé que si esa era la explicación dejaba bastante que desear. Eso de la seducción podía querer decir mucho o nada. Etimologías aparte (creo que en latín "seductio" quiere decir "acción de apartar", exactamente lo contrario de lo que uno cree), inmediatamente que la palabrita entra en juego uno piensa en cama, asiento trasero de un automóvil, alfombra, sofá, mesa de la cocina o cualquier otra cosa que soporte el peso de dos personas (por lo menos) dedicadas al sexo. Pero pocos dudan que la serpiente "sedujo" a Eva para que comiera la famosa manzana y ningún texto bíblico insinúa que satanás (la serpiente) haya tenido sexo con Eva. Por lo tanto, para no seguir complicando el asunto fui al grano:

- ¿Que te sedujo quiere decir que te la cogiste o no? (en cuyo caso no tenía mucho de que quejarse).

Miró en sentido contrario, hacia la rampa de madera que corría paralela a la costa, donde alguien había abierto la jaula y especímenes de todo tipo, desde los más bien formados hasta los más grotescos, caminaban, trotaban, patinaban o, simplemente, se achicharraban al sol.

- No; nunca – me dijo sin atreverse a mirarme a la cara. Hasta "Perón" prefirió hacerse el desentendido.

- ¿Pero, su vida secreta incluía acostarse con otros; altos mandos de las fuerzas armadas?

- Si. Porque eso formaba parte de su "compromiso revolucionario".

Como el cinismo suele llevarse bien con el odio no cambió de clave.

- Tal vez si en lugar de gemir tarareaba para sus adentros "La Internacional". En la cama les sacaba todo tipo de información a los muy boludos, hasta la más confidencial.
- Pero ustedes nunca publicaron nada demasiado confidencial.
- Obvio. ¿Crees que era pelotuda? Esa información era de uso exclusivo de la comandancia general, más precisamente de la comandancia del ERP. ¿Nunca te preguntaste cómo hacían para manejarse con tan alto nivel de inteligencia? La publicable pasaba por mis manos.
- ¿Y cómo te reclutó? (alguna vez escribí que uno sólo debía formular las preguntas para las que tenía una respuesta).
- Cómo me manipuló querrás decir. ¿Conoces ese dicho de que "más tira un pelo de concha que una yunta de bueyes"? Bueno, a cambio de la perspectiva de una relación futura yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Después de coquetear conmigo – miradas prometedoras, alguna caricia, un beso en la comisura de los labios, un seno rozándome un codo como al pasar - y tenerme a prueba durante un tiempo, me dijo que necesitaban un periodista profesional con mis características, es decir de izquierda, serio y reservado, con buena cobertura, interesado en contribuir a la causa revolucionaria del pueblo, bla, bla, bla. Me pidió ayuda. No necesité pensarlo mucho. Acepté convencido de que mi colaboración podía contribuir a acortar la guerra. Es decir que fue una decisión más amorosa que política. ¡Me uso como un imbécil! Hasta me dio una cápsula...
- ¿Una cápsula? ¿De qué?

- De cianuro. Debía llevarla siempre conmigo y tragármela en caso de caer. Está probado que por más macho que seas bajo la tortura terminas cantando. Y por nada del mundo yo debía delatarla. Antes muerto.
- ¿Tan importante era?
- Muy.
- ¿Nunca te dio miedo?
- Muchas veces. Recuerdo que casi me meo cuando vi una de las mierdas que acababa de escribir sobre el escritorio de un oficial del COPREFA. Pero seguí trabajando con todo. Hubo noches que me las pasé escribiendo.
- ¿Por qué decís que te uso? (algo debía decir para mejorar su auto-estima) ¿Por qué descartaste que todo lo que te dijo no fuese cierto?
- ¡Porque son unos hijos de puta! ¡Todos ellos! ¡Con tal de lograr sus propósitos no les importan los medios! ¡Mentir, engañar, prostituir a sus mujeres!
- ¡Epa! ¿No se te está yendo la mano?
- ¿Yendo la mano? Jajajaja. ¿Sabes que pasó cuando se firmó la paz y la comandancia general hizo su primera aparición en público?
- No estuve en ese acto.
- Villalpando apareció con su esposa.
- ¿Y qué?
- Rosaura siempre fue su esposa.

FIN